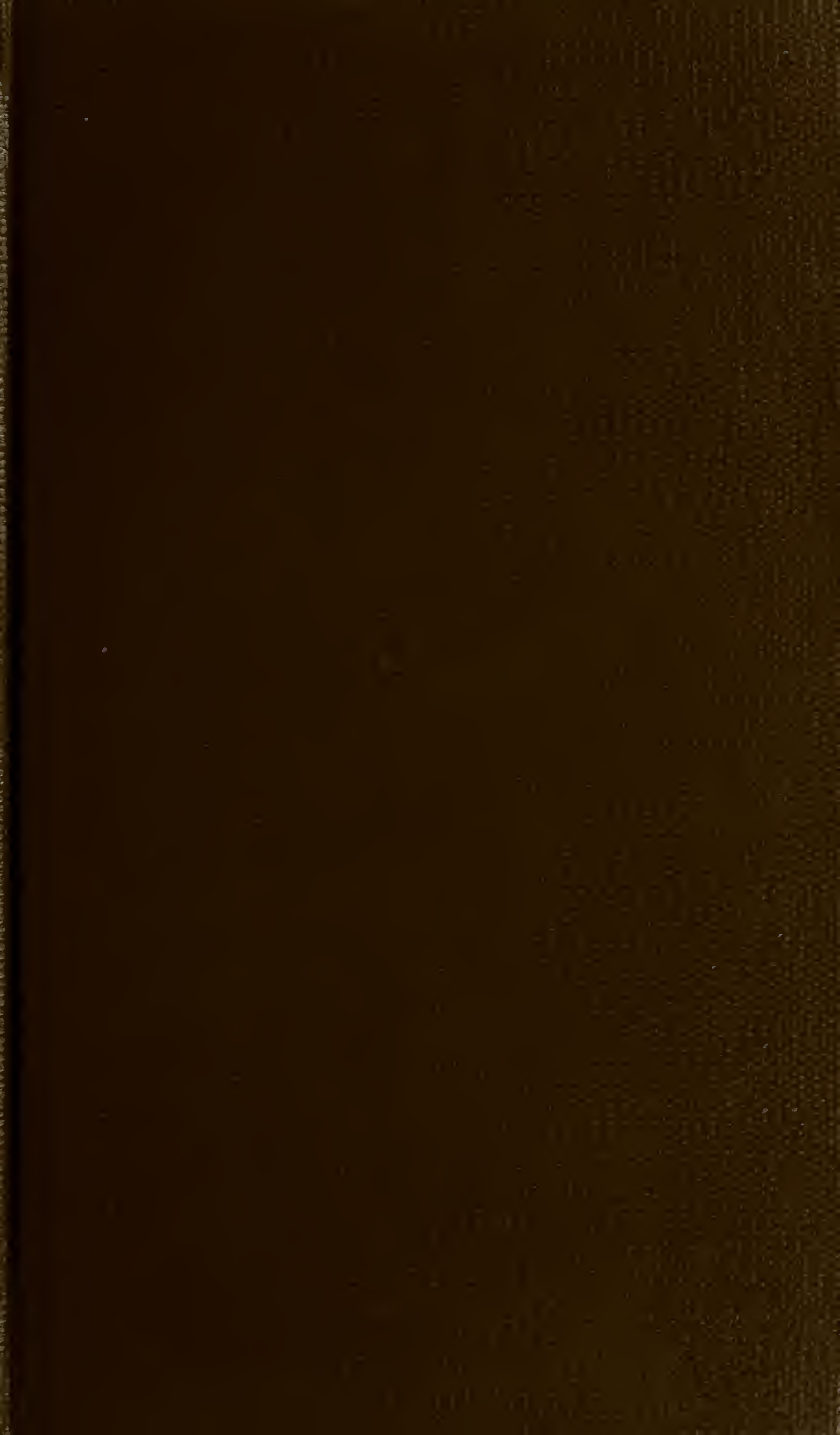
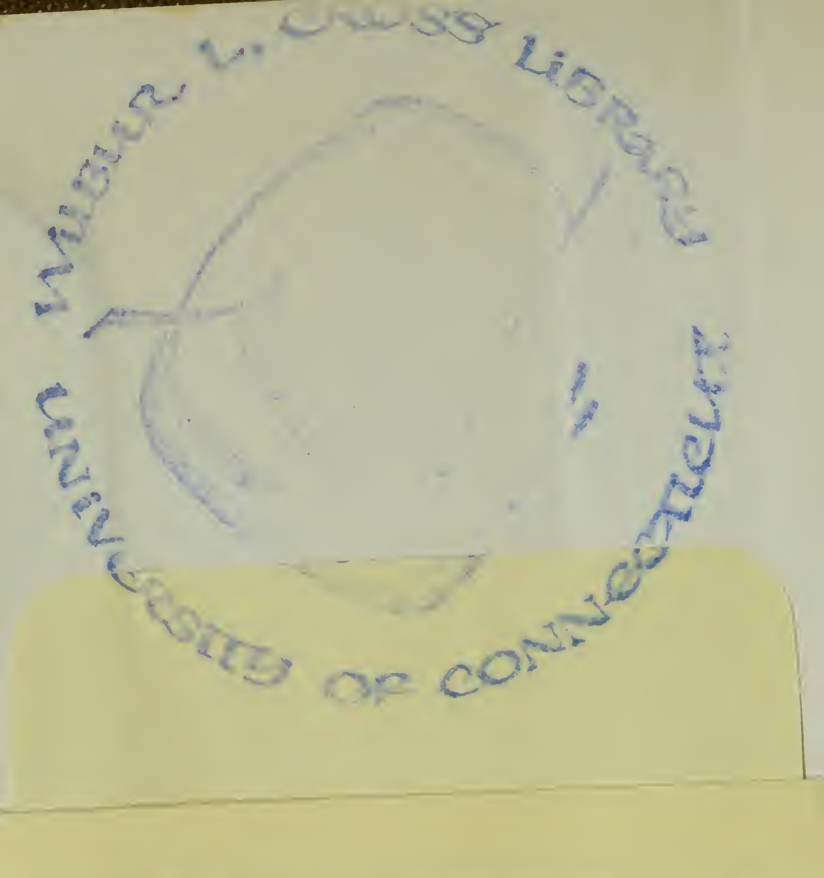



WILBUR L. CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

Julio J. Casal

Humildad

Poesias



JULIO J. CASAL

HUMILDAD

POESIAS

DIBUJOS DE BARRADAS

MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Luna, 29. Teléfono 14-30.
1920

Creo que una brizna de hierba no es inferior a la jornada de las estrellas.

Una campanilla que azulea en mi ventana, me satisface más que toda la metafísica de los libros.

WALT WHITMAN

LA BRISA

La brisa con sus labios otoñales
marchita la arboleda.
Las hojas se desprenden de sus verdes
trajes de seda,
y para bien morir
piden la tela
de sus rayos al sol,
y la belleza
del poniente, a la tarde...
y se visten de fiesta
con sus tocas doradas,
igual que las princesas...
¡Dulce coquetería!
Poca vida les resta...
Y abandonan la rama maternal,
y a la muerte se entregan,
como nunca ataviadas
y más que nunca bellas.

MARGARITA...

MARGARITA, flor de ensueño,
blanca novicia del prado
en cuya corola el sol
vertió el oro de sus rayos...

Debes tener alma,
y el Señor acaso
te reserve el cielo
por sufrir callando,
pues eres tan buena
novicia del prado,
que al morir, ¡oh humilde!,
perfumas las manos
cuando te deshojan
los enamorados...

RAYO DE LUZ

La alcoba estaba en sombras.
Yo era un niño...
Temía los fantasmas
y los espíritus.
¡Qué zozobra en la noche
cuando todos dormidos
yo despertaba a veces!
Tan amplio era el latido
del alma del silencio,
tan hondo era y tan íntimo,
que amedrentado muchas
noches, claro he sentido
palpitar agitado
con un nervioso ritmo
el propio corazón...
Y en eso, bueno y tibio
llegaba hasta mi lecho
un humilde rayito

de luz, que se filtraba
por el denso postigo...
Como siempre la alcoba
continuaba lo mismo
a obscuras... Sin embargo,
me dormía tranquilo...
¡Cómo no recordarte,
rayo de luz amigo!

ARBOL...

Arbol pequeño que estás
puesto en medio del camino,
me da una pena mirarte
tan débil, tan enfermizo...

Eres el eterno humilde
y tu ropaje amarillo
no sintió cantar los pájaros
ni tuvo el peso de un nido.

¡Cómo envidiarás los otros
grandes árboles amigos
tan frondosos, tan esbeltos,
tan rumorosos y altivos!

Bajo tu sombra jamás
se realizaron idilios,
porque tu ropaje nunca
fué para el amor propicio.

¡Viéndote tan triste y seco,
no sé porqué me imagino
que en este próximo Otoño,
al igual de todo tísico,
morirán tus mustias hojas
y con las hojas tú mismo!

EL CARRETERO

Por el camino viene una carreta.
Los bueyes avanzan lentamente... A ratos
el labriego entona
yo no sé qué cantos...
En la ruta se abren
misteriosos charcos
en donde, ¡oh clemencia divina del cielo!,
se ven temblar astros...
¡Quién fuera lo mismo que ese carretero
que va hacia el mercado
y en su burda capa
camina embozado!
¡Llegar a la plaza
de un pueblo cercano
y hablar con las mozas
que salen al paso,
y a la salud de ellas,
después del trabajo,
lleno hasta los bordes
beberme un buen vaso!

LA NOCHE

La noche está preñada de misterios.
Las cosas secretean
entre el sutil encaje
de las grisáceas nieblas.

Por el campo dormido
las sombras vuelan,
desplegando como unas mariposas
sus alas gigantescas...

Huele el ambiente a brisas
otoñales. La tierra,
igual que un pebetero,
con la neblina humea...

El tiempo está de duendes
y veladas caseras.
Calla el pueblo. En la altura
no brillan las estrellas.

A veces interrumpe
los sueños de la aldea
el chirrido monótono
de las gastadas ruedas
de un carro campesino
que pasa hacia la feria...

Algodones brumosos
envuelven la arboleda.
Sobre el desierto pueblo,
como un fantasma vela
la caprichosa torre
de una lejana iglesia.
Y un triste farolillo
de gas, señala apenas
con sus rayos medrosos
la blanca cinta de la carretera...

PECECITO...

PECECITO humilde
que ninguno cuida,
porque no tiene escamas doradas,
porque al sol no brilla
y que en un globito
de cristal, un día,
por una moneda
me lo dió una niña
de cabellos de oro
y azules pupilas...
Pobre pececito,
nadie en ti se fija
ni el agua te cambia
para que persista
tu débil aliento...
¡Qué importa tu vida!
Ay, ¡si fueras grande,
si tuvieras lindas
aletas pintadas,
se te cuidaría!...

Pero por humilde,
porque nada brillas,
porque te asemejas
a una mustia hojita,
mi mano a cuidarte
siempre estará lista
y en tu globo el agua
será cristalina!

ALGUNAS HOJAS

¡Qué pena me da mirar
en plena estación florida
entre el verdor de unos árboles
algunas hojas marchitas!

Pronto se secaron porque
han madurado de prisa...
Me recuerdan otros seres.
Simbolizan
las almas mustias y enfermas
que tuvieron tanta vida
y vertieron tanto llanto,
que hoy la boca está vacía
y están secas
para siempre las pupilas.

¡Qué pena me da sentir
las manos secas y frías,
que por los años que tienen
debieran ser encendidas

como esas rosas, con trajes
primaverales vestidas!

Pobres almas misteriosas...
han madurado de prisa,
y como esas mustias hojas
que en plena estación florida
se mueren con el primer
soplo helado de la brisa,
así también—vagos rayos—
se apagan en plena vida!

EL FAROLERO

CANTAN en la plaza grupos
de niños a viva voz:

«Farolero de
la Puerta del Sol,
toma la escalera
y enciende el farol...»

Era un rústico, un aldeano
sencillo y trabajador;
sus patillas eran rojas
como su gran corazón...

Gastaba una gorra negra,
limpio traje de color...
En el barrio ¡qué alegría
cuando trepaba al farol!

Lo mirábamos curiosos
puestos a su alrededor.

Era un tipo legendario...
Romántico como soy,
tengo que engarzarte en esta
sortija de mi canción.

Inolvidables faroles
de mi clara población,
sostenidos en un hierro
que era una interrogación...

Camarada farolero
tan alegre y decidor.
Cosas de mi calle todas:
os he recordado hoy,
porque un grupo de chiquillos
mis recuerdos despertó
cantando los viejos aires
con aguda y viva voz:
«Farolero de
la Puerta del Sol,
toma la escalera
y enciende el farol...»

LA ESTRELLA

Estrella diminuta que allá lejos
vagamente titilas
y que al lado de todas tus brillantes
y doradas amigas
con tus medrosos y confusos rayos
pasas inadvertida...

Ruedan los astros milenarios. Vierten
sus destellos de regia pedrería.
Son como mariposas de alas de oro;
torrente de monedas; encendidas
y originales flechas; prodigiosas
agujas de la esfera azul y limpia.

Y tú, brumosa estrella,
que tan poco iluminas,
¿serás acaso algún fanal lejano
de una aldea sencilla?

En el rostro celeste, eres reflejo
de una triste sonrisa

y, como la luciérnaga, a intervalos
tu opaca luz nos brindas.

Mi espíritu dialoga con el tuyo
y por la escala de la fantasía
asciende hasta perderse entre las nubes
que tu lumbre cobijan.

Yo sé de tu existencia. Me pareces
la violeta escondida
que no ve el caminante y sin embargo
perfuma el torpe pie que la castiga.

En ti no ha de fijarse el peregrino
de miradas altivas,
porque en esta existencia
tus rayos simbolizan
lo humilde y todo aquello
que apenas brilla...

EL PAISAJE...

El paisaje es un alma. Bajo el canto
tedioso de la lluvia que lo besa,
se entristece y solloza. En cambio ríe
juvenil, cuando vuelca
el sol de estío sobre él su clara
y luminosa cesta.

El campo es un armónium. La canción
del céfiro despierta
su nota más amable—y si las olas
del ronco viento vuelan
sobre los verdes de su gran teclado,
entonces suelta
su melodía trágica y perlada
con todas las tristezas.

Arrancan de mi ser todas las cosas
alegrías tan puras y sinceras

o llantos tan amargos, que a momentos
no palpo en mí la humana y vil materia,
siempre tan muda y fría, y me parece
al notarme con tal naturaleza,
que yo me identifico con el campo
y todos sus paisajes, de manera
tan honda y arraigada,
que yo creo que soy en esta tierra
un árbol nada más,
un fruto apenas,
o más humilde aún, una fragante
brizna de hierba.

LAS CAMPANAS

Cándido toque de misa
que suenas en la alborada
y repicas con tus voces
alegres de colegiala...

Tañido sereno y grave,
doliente como una lágrima
que armonizas con el tono
de la tarde deshojada...

Desgarrador y angustioso
tañer que el muerto reclama
y que subes hasta el cielo
como una dulce plegaria...

Esquila de los conventos
cuyo sonido derrama
sobre el jarrón de la brisa
no sé qué olorosas ráfagas...

Noble reloj legendario
de aquella mi antigua plaza,
que aún, como ayer, incansable
con tu voz de bajo cantas...

Brumosos o transparentes
repiqueos de campanas,
vosotros me habláis de cosas
ya para siempre pasadas...

Mi espíritu entre los pétalos
de las flores de ayer, halla
los matices más vistosos
y las más tiernas fragancias...

Por eso, alegres o tristes,
de noche o con la alborada,
por la ilusión de unos novios,
por la ascensión de algún alma,
con ronco acento de bronce
o vibraciones de plata,
cantad, cantad siempre, siempre,
maravillosas campanas...


BARRADAS



EN LA SEDANTE...

En la sedante calma de la hora
reconcéntrate y piensa, pero ni una
palabra digas; fuera inoportuna...
que te alcance el lenguaje de la aurora.

El azul habla de romances claros;
el blanco, de leyendas virginales;
el violeta, de mágicos y raros
palacios monacales...

La campiña despierta bajo el verde
y ondulante tocado.—No levante
tu voz el tul de paz y ensueño. Pierde

Toda oratoria, y si posible fuera,
por no desentonar con el instante,
sé como un árbol más en la pradera.

EN ALTA MAR

En alta mar. Ágil, calladamente,
el barco se desliza como un ala
sobre la transparencia caprichosa
de las azules aguas...

Desde tercera clase llega el triste
lamento de una gaita,
y el canto de los pobres emigrantes
que sin descanso bailan...

Junto a los gratos ecos
y a las suaves palabras,
se ve flotar la evocación sentida
de la remota España...

El puente duerme bajo un ancho toldo.
El pasaje descansa
en los amplios sillones. Ronda el tedio
de tanto mar las almas...

Lentamente la tarde
se consume en la llama
de un crepúsculo oro y todo seda...
Suena más dulce la doliente gaita,
y entre dos nubes aparece Venus,
límpida y clara.

ERA UN PAISAJE...

Era un paisaje mustio
y mal vestido...
Un pedazo de campo
estéril, amarillo,
con unos secos árboles, que nunca
tuvieron nidos
ni cobijaron bajo su ramaje
desnudo el sueño de los peregrinos.

La santa lluvia
no se ha detenido
sobre estos tristes
y apartados sitios...
El sol todo lo quema...
¡El sol, que es oro, el campo ha empobrecido!

Y en las amplias ciudades,
se quejó tanto el rico
de la monotonía
del agua al repicar contra los vidrios!

En el campo tan sólo
lució claro y magnífico
el padre sol, matando
las esperanzas de los campesinos.

Pobre paisaje triste,
enfermo y dolorido:
me recuerdas a veces con tu campo
solitario, baldío,
que reclama la lluvia,
los dolientes espíritus
hacia los que no llega
el amable rocío
de una ilusión dorada...
Casi siempre abatidos,
sin frutos, sin ensueños
ni emoción, son lo mismo
que tú, yermo paisaje
estéril y amarillo.

FECUNDIDAD

La tierra bajo el agua se estremece
igual que una mujer a las caricias...
Una da el fruto en hijos,
la otra en rubias espigas.

La lluvia rueda con sus gotas claras.
El sol apenas brilla
entre dos grises nubes
que el viento hincha.

El labrador sonríe al tiempo rudo...
Su más dulce sonrisa
también tiene la aldeana
que espera dar a luz con la vendimia...

Alegre habrá de ser la primavera.
La cosecha preséntase muy rica

y adornará además un pequeñuelo
la casa humilde y limpia...

Fecundidad del campo y de la madre,
por siempre seas bendita...
La siembra ha de encarnar eternamente
lo más puro y más santo de la vida.

CALENDARIOS

Al pasar junto a esos
frágiles calendarios
de figuras esbeltas
y cartones tan claros,
¿no sentís cierta pena
compasiva, arrancando
las diminutas hojas
que señalan un santo,
una fecha cercana
o un recuerdo lejano?...

También nosotros somos
como los calendarios.
Todo lo que tenemos
en un yo condensado,
nos lo quita el dolor
y el placer a su paso.

De nuestra propia vida
(¡oh frágil calendario!)

van cayendo los meses
dichosos y los años,
que frío e inconsciente
a todo, va arrancando
el tiempo, hoja por hoja,
con su implacable mano.

ASPIRACION

OTROS nombres tal vez perdurarán.
El mío ha de apagarse
sin haber sido llama,
sin que nunca alumbrase...

Sólo resiste al tiempo el que a sus rimas
le da un potente arranque
y pone en sus estrofas
los sones más marciales.

Han cantado la patria, y se han cantado
ellos mismos. Ya nadie
les puede disputar la regia estatua
de mármol en el parque...

Mi lira apenas suena débilmente...
Si un día acaso el ave
de mi verso, musita
sinfonías vibrantes
y logra que mi nombre
brille eterno en el arte,

mi voz no fué sincera,
mintieron mis cantares,
pues sólo siento los motivos vagos
y los humildes aires...

Amigos míos, no merezco estatuas...
No tuve obras geniales...
... Pero si por ventura
anheláis recordarme,
nada de bronces y oro
ni libros ni homenajes.

Tan sólo al borde de una clara fuente
que murmure su endecha entre el boscaje,
grabad esta inscripción: «En ese chorro
sencillo y claro, late
el alma del poeta. Fué así, límpida,
susurradora y frágil.
Esta fuente que entona en el silencio
sus dulces madrigales,
simbolizó su mística existencia.
Como ese chorro, tuvo notas suaves,
misterios, languideces,
serenas vaguedades,
y preludió sus pálidas canciones
lejos de los bullicios mundanales...»

EL SENDERO

PRIMERO es, entre el campo
desierto, apenas
una cinta grisácea...
Después semeja
un pergamino
de la Edad Media,
mostrando todas sus
orillas llenas
de largas roeduras
hechas por piedras...

Páginas del sendero,
¡cuántas ideas
acaso se han vertido
sobre tu tierra!

Entre el verde follaje
a veces tiembla

y se pierde; a momentos
feliz bordea
un arroyo entre cuyas
ondas se espeja;
a ratos va entre flores,
lleno de esencia...
Y a instantes, amapolas
—manchas sangrientas—
lo visten con su traje
de vida y fuerza.

Las margaritas silvestres
muchas veces lo rodean,
y parece que al altar
va caminando entre ellas,
igual que una desposada
con su albo traje de fiesta.

Blanco y humilde sendero,
yo hallo en ti música, y suenas
para mí como la nota
más cristalina y más fresca.
Te pareces a mi vida:
va entre lirios o entre piedras,
siempre inadvertida para
todos; en las carreteras
amplias, el mundo se fija...
pero lo humilde no inquieta,
ni la curiosidad nunca
a su vista se despierta.

Son iguales nuestras almas,
iguales las ansias nuestras,
blanco y humilde sendero
que me llevas
hacia la paz misteriosa
y apartada de mi aldea.

ATARDECER...

ATARDECER de Mayo. Pasa una
vela lejana.
Suena una campana.
Brota del mar el disco de la luna.

A lo lejos
se ven temblar
los pálidos reflejos
de la hoguera que alumbra algún hogar.

Alma, volemos hacia los caminos
huraños de la aldea...
Y dejando el rumor de la ciudad,
oigamos murmurar los viejos pinos,
y que en nosotros sea
tan intenso el amor de la humildad
que, al igual de esos rudos campesinos,
olvidando lo absurdo de las leyes,
no tengamos más fin ni más idea
que guiar, canturreando, nuestros bueyes.

4





HA LLOVIDO...

Ha llovido... El ambiente
de la tarde conserva
una suave humedad...
El aire lleva
en sus alas un vago
olor a primavera.
Se va engarzando el cielo
con radiantes estrellas
y también—bellos astros
de candor e inocencia—
van llenando las niñas
del barrio la vereda...
Y cantan bajo mi ventana... pura
y milagrosa esencia
del trinar de sus voces argentinas,
en donde el alma del pasado tiembla....
«Ramitos de aroma,
ramitos de azahar...»

En vuestras notas frescas
yo adivino la voz de mis hermanas;
veo las rubias trenzas
de aquella colegiala candorosa
que anidó en mi quimera,
y a la que dediqué mi honda ternura
entre los pobres ritmos de un poema.
Aquella linda novia que cantaba
con las otras en rueda,
y cuyo acento semejaba un suave
hilo, cristal y seda...
La calle llenaba con la melodía
de la canción tierna:
«Eran tres hermanas
—rubias como espigas—
y las tres bordaban
con agujas de oro,
dedales de plata.
Pasó un caballero
pidiendo posada...»
Y oyéndolas cantar en esta tarde
primaveral y bella,
he sentido latir mi corazón
como en lejanas épocas
y a la ventana me asomé buscando
la novia aquella,
de pupilas azules y apacibles
y de doradas y sedosas trenzas...

NOTAS

Flota en el aire un fresco
olor a tierra húmeda. La tarde,
tras los lejanos pinos
se quiebra como mágicos cristales.
En un cercano campo,
junto a un arroyo, arde
una hoguera, y el humo
asciende en caprichosas espirales.

Muge una vaca. Ladra
un perro a los paseantes,
y hay un grupo de niños
que, con canciones suaves,
reviven el pasado
de la dormida calle...

Croan las ranas
en un mustio estanque...
Y a lo lejos desata la armonía
de sus puras cadencias celestiales,
la voz de un campanario
que humilde se resguarda entre los árboles.

EL PARAGÜERO

En esta vieja calle provinciana
que alegrar saben órganos y sol,
hace contraste el triste paragüero
de aguardentosa voz...

Él anuncia la lluvia. Y casi siempre
irónico ofreció
su mercancía, en esas dulces horas
estivales de siesta y de calor...

Enfermo ensueña el agua. Con los días
de invierno y sin calor,
gracias a los paraguas que compone
va arrastrando sus años y su tos...

Lo acompañan en coro algunos niños.
Yo siento una emoción
subir muy suavemente
y lenta al corazón...

Es que evoco los tiempos
en que feliz creció
de mi niñez lejana
la ya marchita flor...

Ciertas cosas vulgares
y callejeras son
para el alma dormida
como un despertador.

Ya se pierde en la calle provinciana
que alegrar saben órganos y sol,
el triste paragüero
de aguardentosa voz...

...Paragüero...

UN EMIGRANTE

He visto en la libreta
de un emigrante el amplio
gesto de la impresión
violenta de una mano...

Era la mancha negra
sobre el papel tan blanco
como el ala inquietante
de un misterioso pájaro.

¿Tal vez algún rebelde?
¿Un revolucionario
de frases tormentosas
e ideas de relámpago?

La marca digital también tenía
forma de astro...

¿Sería el emigrante algún profeta?
¿Un loco visionario?
¿o un poeta quizás
de rudos versos y atrevidos cantos?

¿Algún sentimental,
un soñador acaso,
que se inspirara en un fulgor de luna,
en los tranquilos lagos,
y en el rodar de las doradas hojas
que arranca el viento de los mustios árboles?

De fijo sé que no era
uno de tantos
que emigran, porque el agua
del dolor maltrató sus viejos campos...

Su nombre era común
y sin embargo
pastor tenía que ser...
Nunca un esclavo.

La impresión digital no era del vulgo...
No somos del rebaño
si «nuestro yo» se marca
con un rasgo,
que tiene algo de ala
y mucho de astro!

LA VACA

Iba de casa en casa, pobre amiga
de los ojos cansados...
De una cadena la llevaba un niño
vestido con harapos.
Detrás iba el ternero lastimoso
con reproche balando:
apenas lo acercaban a la ubre,
lo tenían un rato
y en el instante en que
el líquido espumoso y codiciado
bajaba, de un tirón
lo apartaban a un lado.
El hijo se quejaba
del afrentoso engaño...
¡Para otros la leche
rebosaba en el tarro!

Yo me acerqué a la vaca
y vi en sus ojos llanto...

¡Ser madre y dar a todos
el fruto rico y sano
y a pesar de su anhelo
tener que rehusarlo
al hijo que ha latido en sus entrañas
y que lo implora con amor llorando!

Al regresar la vaca
hacia el establo,
el esquilón que al cuello
llevaba atado,
rebelde a la injusticia de los hombres,
sonaba tristemente por los campos...

EL CARTERO

No viene más el cartero
conocido por noscotros.
Diariamente doblan otros
la curva gris del sendero...

Aquél era un noble anciano
de barba blanca y florida...
¡Cuántas veces con su mano
me abrió inconsciente una herida!

Lejos del nativo lar,
con qué inquietud y emoción
sentíamos repicar
los golpes del aldabón,
y aquel acento sincero
símbolo de una ilusión:
¡Cartero; aquí está el cartero!

Cartero:
Tú simbolizas el llanto
y la lejana amargura,
mas también eres el canto
de la alegría más pura.

Misiva cuyo color
nos hace temblar al verte,
con tu vestido de muerte
o tu albo traje de amor.
Cartero: en esta escondida
ruta de espinas y flores,
siempre me recordarás
aquella carta de amores
que aguardé toda mi vida
. . . .
y que no llegó jamás!
. . . .
Mitigaban los pesares
impuestos por la distancia
aquella dulce fragancia
de las líneas familiares.

Pero se amenguó mi anhelo
cuando mis padres dejaron
la tierra y se remontaron
hacia el claro azul del cielo...

Figura nunca olvidada
del cartero tan ansiado...

Me recuerdas la alborada
de aquel mi tiempo pasado.
Cuando en el jardín te veo
del servicio retirado,
me emociono porque creo
que volverás a lo andado,
luchando con las fatigas
tan molestas de tu empleo,
y has de traer fraternales
cartas y cartas amigas...
Y has de anunciarte mañana
con tu acento tan sincero
de donde el recuerdo emana...
¡Cartero! ¡Aquí está el cartero!

INDIFERENTE

INDIFERENTE y ajeno
a todo mal y veneno,
me deslizo por la vida
sin inferir nunca daño,
sin causar ni un desengaño
ni abrir la más leve herida...

Y penetrad sin temor
de acíbar ni de dolor
en mi oculto jardín espiritual.
El agua de mi fuente es cristalina,
y no existe siquiera ni una espina
traidora en mi rosal.

Mi nave sufre a solas
el vaivén de las olas.
Y bien más de una vez
despreció de una playa el dulce abrigo
que le ofreció un amigo,
confiando en su alocada intrepidez...

Si me ofenden, perdono toda ofensa.
Pero tampoco exijo recompensa,
que no es interesado mi favor...
Y amo de tal manera, que no guardo
hacia el agudo dardo
que me hiere, la sombra de un rencor,
que para ser feliz, a mí me alcanza
prodigar bien, sin premio ni esperanza,
y tener semejanza
con esa humilde flor,
que para el que la hiere vierte esencia,
y poder, pese a toda indiferencia,
sobre aquel que me daña en su inconsciencia,
derramar la fragancia de mi amor...

LOS PLATANOS

Los plátanos del camino
con el rocío blanquean.
Es una *S* de plata
la ondulante carretera.

Ha llamado el señor cura
para la misa primera...
Entre mi brazo es tu talle
lo mismo que un ala inquieta.

En un grupo de trigales
se esconde la humilde senda...
A nuestro paso las aves
casi sorprendidas vuelan.

«Buenos días, jardinero;
lo esperamos por la huerta...
Aquello está abandonado...
Ha crecido mucha hierba...»

Y el jardinero sonríe.
Y en su risa hay la experiencia
de sesenta y nueve inviernos
vividos sobre la tierra.

A lo lejos los hogares
de campesinos humean...
Huyó el sueño de los ojos.
La campiña se despierta...

Y entre dos nubes veladas
con un tul de oro y violeta,
todavía la fragancia
de un rayo de luna tiembla.

CREPÚSCULO

CREPÚSCULO matutino,
oliente a nardo y a rosa...
Con tus dedos transparentes
vas disipando las sombras
fantásticas de la ruta
tristemente silenciosas.

De un apartado y humilde
mesón de la aldea, brota,
con el son de una guitarra,
la armonía de una copla...

El río se despereza—
todo azul—entre la fronda
de unas acacias, en donde
ha despertado la aurora
un nido, en el cual la madre
(¡oh la insigne profesora!)
enseña a sus pequeñuelos
su primer lección de notas.

Un labriego habla a sus bueyes...
Paternalmente los nombra,
y ellos, sumisos al yugo,
sus nobles cervices doblan.

Por el establo aparece,
serpenteando su cola,
un noble mastín, que el trigo
de la carretera custodia...

Cruza sobre los tejados
una nube de palomas...
Madrugadas de la aldea
fragantes y ruborosas
como las mejillas de oro
de una niña. Verdes hojas
empapadas de rocío,
y en donde cual barcarolas
se mece el multicolor
traje de las mariposas...

Dulce canto de los gallos
que me evocáis las remotas
ilusiones de otros días,
ya sin brillo y sin aroma...
¡Quién pudiera eternizarte
para gustar de tu honda
belleza, y de tu sedante
ala blanca y luminosa,
crepúsculo matutino,
oliente a nardo y a rosa!

HORAS DE SIESTA

Horas de siesta. El sol
todo lo abrasa.
Dulce monotonía
de las cursis y vagas
voces de vendedores...
Frente a mi ventana
hay un trozo de campo
como una esmeralda.
Cierra el bochorno
mis pupilas. Canta
un gallo... ¡Cuánto ensueño
me recuerda su voz vibrante y clara!
Aquel viejo patio
de mi vieja casa...
La fuente de mármol,
la florida parra...
Jueves, sin colegio,
en que yo jugaba
con otros amigos
por entre las plantas...

Aun oigo las voces
dulces de una hermana
de bucles dorados
y de frente pálida...
Entre los jazmines
de su mano blanca,
mi madre, un gran libro
de versos llevaba...
¡Oh mis tiempos idos,
oh fresca fragancia!
Figuras y notas
por siempre pasadas...
Revive el otrora...
Canta, gallo, canta...
Por tí aun soy pequeño
y mi risa es franca,
y aun juego a la sombra
de la verde parra
de aquel viejo patio
de mi vieja casa.

BAILE EN LA ALDEA

BRILLA la senda al sol. Los campesinos
lucen sus trajes de suprema gala...
Como una flecha azul, se pierde un ala
entre las verdes copas de unos pinos.

Cruza un viejo organillo hacia la fiesta:
un pollino lo arrastra torpemente,
sufre las moscas, y copiosamente
suda con el bochorno de la siesta...

La ruta es una cinta hecha de nieve.
Ni una hoja se mueve...
¡Si no fuera mi alma tan cobarde,
fuera a la aldea de muy buena gana,
a bailar con la moza más lozana
hasta la misma puesta de la tarde!





LA VACA Y EL TERNERO

En la tarde de sol
pasan junto a la huerta.
Van balando
camino de la feria.
La vaca va delante
y él la sigue de cerca,
lo mismo que un pequeño
tras la sombra materna...

¡Pobre madre! Ha pasado
ya tres veces con ésta,
en diferentes
más cercanas épocas.

El labriego llevaba
su ternero a la venta...
¡Tierno y apetitoso
para un banquete era!

Olvidando quizá daños lejanos,
la madre iba contenta

espantando las moscas con su cola:
pantalla gigantesca.

Cuando retorne como en otros años
ya sola de la feria,
en donde se quedaron sus retoños. .
igual que ayer, henchida de tristeza,
llenará con sus lúgubres mugidos
la silenciosa y amplia carretera.

VIEJA HISTORIA

En una fresca mañana
se encontraron
en la fuente.
El muy fuerte... Ella lozana...
Y, claro está, se miraron...
Y nada más... ¡Tanta gente!

Y sucedió casualmente...
Cuando la tarde caía,
un buen día
fueron juntos a la fuente
a solas: tal vez por eso
se dieron el primer beso...
Y era una tarde estival...
Y el pecado, natural...

América para el hombre...
Y hoy un pequeño sin nombre...
Y el horizonte que arde,
como en la cita primera,
y en la fuente una que espera
cuando declina la tarde...

MONEDA DE COBRE

En la plaza amiga,
para el que mendiga
¡con qué tintineo
tan amable suenas!
Llenas el deseo
de unas almas buenas...

Globitos de goma,
ramitos de aroma,
y el goce sencillo
tú tan sólo alcanzas...
Tras tu opaco brillo,
lleno de esperanzas
va el pordioserillo...

Moneda de cobre
que es el pan del pobre...

Doras los anhelos
de los pequeñuelos...

Humilde moneda
que de mano en mano
silenciosa rueda,
con un ruido sano...

LOS CUARZOS

En la tarde clara,
apenas un rayo
de sol encendía
los marchitos cuarzos...

Y por el camino,
sin hacerles caso,
cruzaban los bueyes
y los viejos carros.

Las piedras crujían...
manchaban acaso
con sangre las ruedas
y los recios cascos.

Relampagueó el odio
en mis ojos, cuando
miré una amatista
lucir en mi mano...

De la misma raza,
y una ¡qué violados
reflejos tenía!
Semejaba un lago
que pinta el crepúsculo
con sus tonos blandos...

Y descoloridos
los humildes cuarzos,
lucían apenas
con su lustre craso...
¡Y eran de la misma
raza, sin embargo!

Pensé en las familias
que enriqueció el hado...
y en esos parientes,
de todo boato
y toda alegría
por siempre alejados...

Cruzaban los bueyes,
y los viejos carros,
y en la tarde clara,
apenas un rayo
de sol encendía
los marchitos cuarzos...

HIJAS DEL ARROYO...

EL órgano desata su armonía
vulgar y callejera...
Se abren las ventanas...
unos niños juegan
y entonan en coro
la copla ya vieja.

Una niña rubia
como las candelas
que doran las noches
de clásica fiesta,
baila apasionada...
En su rostro nieva
blancura de lirios,
albor de inocencia,
y son sus dos labios
como dos cerezas...
Es toda un ensueño.
Y es su compañera

menuda, marchita,
sin color y fea...

Hijas del arroyo...
La misma miseria
les sirvió de nido.
Nunca una terneza
oyeron. Su vida
fué una rama seca...
¿Qué serán mañana?
Tal vez la que es fea,
humilde, hacendosa
desgraciada obrera...
con sus mustios labios
quizá nos ofrezca
lo que su buen hombre
consiguió en la pesca...

La otra, la blanca
de doradas trenzas,
¿ha de marchitarse
también en la brega
por el pan diario?
Tal vez será buena
así cual su amiga...
Mas tanta belleza!

¿Escapará acaso
del lobo que acecha
—con oro y con frases
de ilusión—la presa?

No ha tenido nunca
dos días de cena...
Y hace falta en casa...
Jamás fué a la escuela.
Si su padre acaso
de otra clase fuera...
sería la esposa
de algún Don cualquiera,
y gozara el oro
pingüe de unas rentas...
Pero ¡mucho temo
por la niña bella!
De un lado la amarga
voz de la miseria,
y el paisaje envuelto
en sombras bien negras...
Y amor de otro lado,
y lujos y fiestas
y comodidades
y nada de pena...

Es la vida obscura
y frondosa selva.
La niña va sola
y anda el lobo en ella...
El camino es largo...
No ha de encontrar puertas...
¡Mucho, mucho temo
por la niña bella!

ANDAN...

ANDAN tan mal los trenes...
Nunca llegan
hasta el pobre apeadero
de la aldea.
Las vías herrumbrosas
están llenas
de plantitas silvestres
y de piedras...

Y ¡oh colmo de ironía! se aventura
—símbolo del progreso y de la ciencia—
entre las líneas de los viejos rieles
chirriando una carreta...

EL PICAPEDRERO

Era en Agosto, bajo un sol ardiente
que encendía la tierra.
Bajo la sombra amiga
del toldo de un café ¡qué dulce siesta
entre la charla, el humo y los licores,
se paladea!

Una provincia de segundo orden...
Machacaba las piedras
uno de esos humildes
picapedreros: era
símbolo de amargura,
de infinita paciencia,
de trabajo sumiso,
de esclavitud eterna...

Por el ala marchita,
tosca y vieja
del sombrero, asomaban
mechones de una lacia cabellera,

que el sudor adhería a la amplia frente...
La frente: ¡pobre tierra
que surcaba la arruga
fatal de la miseria!
El sol era de plomo...
¿pero cómo dejar la ardua tarea,
si el jornal exigían cuatro bocas
diminutas de fresa?

....

Hoy he vuelto a pasar
por la provincia aquella
y por la misma calle...
¿Quién recuerda
al buen picapedrero?...
Toda asfaltada y bella,
la calle se ha vestido
con su traje de fiesta.
Y en un auto de lujo
—todo perfume y seda—
cruza el cuerpo ondulante
de una fácil ramera...

GOTAS DE ROCIO

En la tarde de Agosto, tras la lluvia
monótona e incesante
en toda la mañana, sobre el campo
un rayo de sol arde...

Y encontré dos hojitas sobre el césped
sedoso y ondulante;
las cubría el rocío con menudas
gotas como brillantes...

Alhaja tan hermosa en joyerías
no ha de encontrarla nadie...
Las hojitas humildes hoy sonríen;
más que toda flor valen...

¡Oh!, quién pudiera, bien amada mía,
ofrecerte un cintillo semejante,
para que entre tu seno, rosa y nácar,
prendiéndolo, brillase
como una alhaja exótica, y a un mismo
tiempo, toda ella luz, verde y fragante!

MUSIQUILLA DE ARRABAL...

Musiquilla de arrabal...
¡Cómo me hiere tu acento
rumoroso de cristal!
¡Qué dulce melancolía
siempre que te escucho siento!
Y con tu cursi armonía,
que descompasada suena,
musiquilla de arrabal...
¡cómo mi alma se llena
de un misterio sin igual!

Viejo recuerdo natal...
En nuestra calle, a la siesta,
eras mi única fiesta,
musiquilla de arrabal...

Vals monótono y tristón
—que canta las mismas notas—.
Violín de cuerdas ya rotas,
te asemejas con tu son
de la moda retirado,

a ese romance anticuado
que llevo en el corazón!

Llora en vosotros la esencia
de mi remoto pasado...
Me traéis el aromado
latido de mi inocencia,
cuando mi madre arrullaba
mis siete abriles floridos
narrándome los sentidos
cuentos que ella me inventaba!

Musiquilla de arrabal,
canta lo mismo que ayer
en mi calleja natal...
que tal vez harás volver,
con tu acento de cristal,
aquel misterioso abril
de la ilusión infantil
tan fresca y primaveral.
Canta lo mismo que ayer,
musiquilla de arrabal...


BARRADAS



LOS VENDEDORES

> «Quién fuera vendedor para pasarme el día en la calle gritando: ¡Quién compra ajorcas y pulseras de plata y de cristal!»
>
> R. TAGORE *(Poemas indios)*.

Los pobres vendedores ambulantes
con sus gritos me causan
honda melancolía... ¡Cómo duele
la voz triste, aflautada,
que suena su estribillo hasta el cansancio:
«Pulseras de plata...»

Eternos peregrinos de la vida,
no detienen su marcha
casi nunca, y caminan resignados
bajo el sol, bajo el agua...

de pueblo en pueblo,
de casa en casa,
compran el pan, vendiendo sus ajorcas
y pulseras de plata...

Todos los vendedores me dan pena...
¿Nunca os habéis fijado cómo cantan
su mercancía en esas rudas horas
de una siesta que abrasa?...

¡Mercachifles de todos los caminos,
baratijeros, parias,
que andáis de un lado a otro
llevados por un viento de desgracia!...

Yo, como el indio niño, también tuve
mi gota de nostalgia
de no poder burlar de mis maestros
la aguda vigilancia,
para vender lo mismo que vosotros
por las calles desiertas y apartadas...

Leonardo, el buen frutero
de la ardiente Calabria;
Joaquín, el pescador
de las tierras de España;
Matías, el que arregla
los deshechos paraguas...
A Pedro, a Juan, a toda
la errante caravana,

mi fraternal poema
os lleva mi fragancia.

Eternos peregrinos de la vida
remontan lentamente la jornada.
Son de la misma tierra miserable,
de la tierra inhumana;
llegan de todos sitios, ya cansados,
el corazón con canas:
¡son los humildes pobres que nacieron
sin hogar y sin patria!

FLORES DE PAPEL

Recuerdo que, siendo
casi niño, un día
al ver en el amplio
salón de familia
cuatro o cinco rosas
todas de anilina
y papel, gastadas,
casi desteñidas
por el sol y el tiempo,
corrí con gran prisa
a buscar un poco
de agua cristalina,
que vertí en el búcaro:
la inocencia mía
no vió el artificio...
Mi fe era tan viva,

que sentí en el alma
rayos de alegría,
pues creí que aquellas
rosas tan marchitas
por el sol y el tiempo,
ya florecerían!

EL APEADERO

TRISTE apeadero de aldea,
te vuelve a ver mi memoria
siempre solitario, ardiendo
bajo el sol, sin una sola
ramazón de árbol amigo
que te cobije en su sombra...

Nunca supiste de cargas,
ni de enjambre de personas,
ni tienes esas tabernas
vulgares, en donde toda
la juventud canta y brinda
por la salud de la moza...

Jamás frente a ti los trenes
de gran lujo se estacionan.
Sólo algún carro de bueyes
que guía una labradora,

hace retumbar las piedras
mal salientes que te adornan.

Y cuando al caer la tarde
te envuelves en la luz roja
de tu linterna fantástica,
mi espíritu se emociona
pensando en las pobres gentes
que alrededor tuyo moran...

¡Pobres gentes que se afanan
eternamente y laboran
sobre un miserable trozo
de terreno, en el que brotan,
más que el trigo necesario,
las rosadas amapolas!

Triste apeadero de aldea,
siempre en mi clara memoria
dejarás un surco inmenso;
con tu vida tan monótona,
con tu paz tan de sepulcro,
con tu columna verdosa,
en donde el reloj de acero
ni marca las justas horas...

Triste apeadero de aldea,
no me entristece tu honda,
tu humilde tranquilidad,
sin bancos y sin personas.

Amo la fisonomía,
siempre antigua, de tus cosas.

Y en tu silencio yo encuentro
las palabras más sonoras...
¡pero qué pena me da
verte al sol, sin esas hojas
gratas de un árbol amigo,
que te abriguen con su sombra!

VIEJAS CANCIONES

La tarde se apaga
y el aire de Abril
trae la dulce y vaga
canción infantil...

«A las orillas de un río
una doncella
bordaba pañuelos de oro
para la reina...»

Llega hasta mi vida
el tierno aromar
del alba florida
que no ha de tornar.

«Pasó en eso un vendedor:
¿Quién compra seda?
—¿De qué colores las tienes?—
Azul y negra...»

Mi espíritu dialoga
con el fresco rumor
del acento que boga
hacia el país en flor
de una noche de amor...

Era una colegiala...
yo un altivo estudiante
que arrastraba triunfante
mi capa como un ala.
Y vi sus claros ojos,
y sus labios tan rojos
en la hora sutil,
toda rumor de fiesta,
y parecida a ésta,
en que, toda marfil
y rosa, ella cantaba
la sencilla canción,
mágica evocación
del canto colegial
en el barrio natal...
«A las orillas de un río
una doncella
bordaba pañuelos de oro
para la reina...»

La tarde se apaga
y el aire de Abril
trae la dulce y vaga
canción infantil...

LA PEQUEÑA ILUSIÓN

En mi jardín de ensueños, siempre humanos,
ha nacido una rosa tan menuda,
que temo se deshoje entre mis manos...
Aun se encuentra de espinas bien desnuda.

La he de cuidar con fe, con entereza.
Tendrá el agua más pura de mi fuente,
y cada hoja blanca y transparente
será un espejo para la belleza.

No por humilde habré de despreciarte.
En el verso más breve anida el arte.
En todo gran placer hay una espina.
La flor inmensa tiene un fin fatal,
¡que tanto puede el mal!
Símbolo de la rosa es la ilusión
pequeña, que aletea en mi emoción,
que como no la ven ojos profanos,
ni ninguno en mi alma la adivina,

no muere a la asechanza de otras manos,
ni la mata en su tallo o la resume
la envidia mundanal,
y así podrá alegrar hora tras hora
con su fresco perfume,
la soledad sonora
de mi oculto jardín espiritual...

EL VIOLINISTA

AQUEL violinista
que todas las tardes
pasaba a una misma
hora por mi calle,
hace ya algún tiempo
que no lo ve nadie...

Era su violín
nido de sedantes
y olorosos trinos
llenos de saudades.

Y evocaba tierna
historia fragante,
la monotonía
de sus viejos aires...

¡Pobre violinista!
Sólo halló desaire
entre los vecinos...

Y así emigró el ave
de aquellas canciones
tristes y vulgares,
o tal vez se ha muerto
de dolor y hambre.

Bajo la frondosa
sombra de unos árboles,
juegan unas niñas
de pupilas grandes,
de cabellos de oro
y labios cual sangre...

Tragedia sencilla
del artista errante,
eres tan humilde,
tan común y frágil,
que no hallarás nunca
genio que te cante...

Si recomendado
te hubiera un magnate,
tal vez no arrastraras
esa vida infame,
y a la cumbre, a todos
llegara tu arte,
pobre violinista
que todas las tardes
pasaba a una misma
hora por mi calle...

EL AFILADOR

Viene con su carro ya viejo... ¿Sin duda
ignoráis la historia del afilador?
El alma, de tibios afectos desnuda,
de sus claros valles un día emigró...

América sabe ser hospitalaria.
Ella simboliza para el labrador
toda la dulzura de una plegaria
y un hogar cubierto de paz y de sol...

Partieron en busca de otros horizontes.
Y hoy que la locura del viajar pasó,
sueñan en los buenos y nativos montes,
jugueteando en ellos la imaginación.

Retornar desean al pueblo, mas nunca
pensará en regresos el afilador.
Dice que ya tiene la existencia trunca,
y que en sus montañas a nadie dejó.

Huraño el semblante, la mirada hosca,
parece sumido siempre en un dolor...
Mientras rueda el carro de madera tosca,
murmura entre dientes no sé qué canción.

¿Vive sin ensueños lejanos? Ignoro.
¿Acaso la piedra de cascada voz
no vierte afilando sus chispas de oro?
Ese oro pudiera darle una ilusión...

Es frío y huraño. Sin embargo, ayer,
entre sus pestañas el llanto tembló...
Y pensé: ¿Desdenes de alguna mujer?
¿Canciones del mundo? ¿Fracaso de autor?

¿Hay vendas, acaso, que ocultan su herida?
Al mostrarse rudo, tal vez nos mintió,
guardando el secreto de su errante vida...
¿Bebió en copa amarga? ¿Qué cruz arrastró?

Al verlo cien veces en la carretera,
charlatán el vulgo de prisa arguyó
que, al igual que el rostro frío como cera,
tendría el viajero frío el corazón.

Esos peregrinos que no dan al viento
de sus amarguras ni el más leve son,
más que los que gimen tienen sentimiento;
el mal que se calla, siempre es el mayor.

Nos afirma a todos que en la humilde aldea
su antígua familia ya se dispersó;

la casa está en ruinas, el hogar no humea
y hasta el viejo perro de pesar murió...

En su historia debe vivir un misterio,
pues causa el mirarlo vaga confusión,
que contrasta el aire taciturno y serio
con el ya gastado traje de color.

¿Es un noble arruinado? Lleva el porte
y el andar majestuoso de un señor
habituado a los faustos de la corte...
¿Ha manejado esclavos o la hoz?

Tiene cierto encanto la figura austera,
quijotesca y triste del afilador,
cuando arrastra el viejo carro de madera
con un gesto lleno de resignación...


BARRADAS -



FLOTA...

FLOTA en la calleja
yo no sé qué vieja,
qué gris melodía.
Y en tanto la tarde
¡tan fatua! hace alarde
de su pedrería...
Nos llega una hermana
nota de campana,
que llora a lo lejos...
¿Halló sus cristales
en los vesperales
y tristes reflejos?
Por todo penumbra.
Sólo un foco alumbra
la imagen doliente
de un Cristo de piedra,
que piadosamente
abriga la hiedra...

Es todo dolor.
Exangüe el Señor...
La calleja fría...
Y, en tanto, la tarde
¡tan fatua! hace alarde
de su pedrería...

DEL FRIGORÍFICO

SALEN del Frigorífico
los humildes obreros,
camino de sus casas...
El mar brama a lo lejos.
Los paisajes se velan en un claro
crepúsculo de fuego.
Suena el mugido de las tristes vacas
y un balar angustioso de corderos...
Cruzan los campesinos
y los aldeanos de semblantes serios.
Ha terminado la tarea activa
del sacrificio de las reses. Llenos
de honda resignación
van los obreros...
En un alambre llevan
lo que ha sobrado del trabajo cruento
y lo que a nadie nunca ha de venderse:
llevan los corazones de los muertos,

de aquellos animales que los vientres
ensancharán tal vez de los banqueros...
Van callados, sumisos,
a regresar de nuevo
cuando brote la luz al otro día...
Pasan cincuenta..., cientos
de corazones: van goteando sangre
por la ruta del Cerro...
Y ante tanta miseria, entre las nubes
matizadas del cielo,
nace un rayo de luna. El aire tibio
y perfumado, el eco
de las olas y el oro del paisaje
invitan a soñar un mundo bueno
de armónica justicia,
de humanos sentimientos
y goce fraternal...
Pasan los corazònes en silencio.

CALLAR

CUANDO vibre en tu espíritu un reproche,
haz que muera, anudado en tu garganta;
que nunca broten de tus labios rudas
y ofensivas palabras.

Ni blasfemias, ni injurias...
Bella filosofía de la planta,
que si está mustia no protesta al rayo
del sol que la maltrata,
y si precisa el sol, llora en silencio
los látigos del agua...

¡Callar!, ¡callar!, callar eternamente...
Que apenas centellee en la mirada
el lamento interior, pero de prisa,
fugaz como una ráfaga...

Sé bueno para todo; aun para el mismo
mal que te punza y daña...
Responder una injuria siempre es fácil...
El mérito es de aquel que sufre y calla.

GRIS

VUELA en el aire un vago
olor a tierra húmeda...
Sobre las ramas tiernas
de una acacia, la lluvia
ha dejado sus gotas transparentes...
Silencio. Apenas turba
la calma de la hora
la confusa
canción de una carreta, que decora
la desierta llanura.
Arrastra un arroyuelo,
entre sus aguas turbias,
un triste remolino
de hojas mustias.
Se refleja en el agua
la ramazón desnuda

de un viejo árbol. Llora
una campana con su voz de bruma.
Y un crepúsculo gris,
como un sueño de Schumann,
poco a poco envolviendo va el paisaje
con la seda marchita de su túnica...

LA NIÑA DEL JARDÍN

En el jardín. Un grupo
de niños cantan
y se persiguen como mariposas
—los niños llevan alas—
por entre los macizos
de flores y de plantas.

Sobre el pretil de una
fuente, una niña pálida,
casi andrajosa, ve
pasar la alegre y clara
carrera de criaturas
acomodadas...

Cruzan blondas, encajes,
botas acharoladas
y vestidos que vierten
la más dulce fragancia...

Y sólo se contenta
la pobre resignada

con mirar a intervalos
—como si fuera falta—
una muñeca, toda
de rosa y nácar,
que en el florido césped
ha quedado olvidada.

Y ¡oh! la emoción intensa
que le arrancó una lágrima
al tocar con su mano,
¡mustia violeta helada!,
un aro que, rodando,
hasta sus pies llegaba...

Los niños ricos, al caer la tarde,
tornarían a casa...
¡Oh el lujo y el confort y los cuidados
prolijos de las ayas,
en tanto que las madres quedan libres
para lucirse, y, ávidas
de figurar, pasean sus tocados,
impuestos por la moda y la elegancia.
Y la niña roerá el duro mendrugo
sobre el jergón de paja...

Que exista diferencia entre los hombres...
pero ¡oh, Señor, me amarga
ver el desfile de los regios trajes
frente a la pobre niña sin infancia!

CANCIONES

CANCIONES populares y sencillas,
siempre llenas de encanto...
Bajo el misterio de las noches claras
y tibias del verano,
cantan las niñas yo no sé qué aires
dulces y evocadores del pasado...

Las coplas callejeras son el alma
de los humildes barrios.
Las voces infantiles se suceden
todos los años,
para entonar la misma melodía
y el idéntico canto...

Aquellas tiernas horas de mi vida
para siempre pasaron,
pero subsiste en mí todo el perfume
que al partir exhalaron,
y por eso me agradan esas plazas
y sitios apartados

que frecuento a menudo en mis paseos
tristes y solitarios,
y en donde al escuchar las frescas voces
de los ingenuos labios,
retrocede al ayer, ebrio de ensueños,
mi espíritu romántico.

BAJO LA LLUVIA...

Bajo la lluvia incesante
tiene esta tarde de Abril
el viejo encanto fragante
de la canción infantil...

«¡Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan...
Que sí, que no...
¡que llueva chaparrón!»

Unos niños improvisan
una menuda piragua,
que alegremente deslizan
sobre un gran charco de agua.

En mis pupilas se cierra
la mirada hacia la tierra.

Dejo de ser un mortal...
Sueño en el lejano ayer
mientras escucho caer
la lluvia sobre el cristal
y llega a mi corazón,
¡siempre tan vieja y tan nueva!,
la evocadora canción:
«¡Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva!...»

VIEJOS MARINOS

El mar se inunda de imprevistos cantos.
Retornan al crepúsculo las barcas
de humildes pescadores... En el muelle
tiemblan las cofias como inquietas alas.

Se perciben las notas cristalinas
de los remos que chocan con el agua...
Vertió la luna sobre un grupo de olas
un camino de plata,
por el cual una nave
como un misterio avanza.

Las horas nunca fueran
tan bien aprovechadas;
la pesca ha sido enorme. Y en un día
se ganó una semana.

¿Quién piensa en el mal tiempo?
... Hoy es fiesta.—Mañana
se han de vencer lo mismo que otras veces
las sombrías borrascas...

Emociona mirar esos marinos
de serenas miradas,
cómo regresan de sus aventuras,
por la mar agitada,
y hacen sonar el puente
con sus recias pisadas,
mientras, ingenuos como buenos niños,
van rumbo hacia la casa
en donde son dichosos con la sopa
que humea a su llegada...

¡Viejos marinos de tostados rostros
y transparentes almas!

LA SOMBRA

En la calle vive
solamente un árbol.
El sol estival
toda la ha inundado
con la lluvia de oro
de sus fuertes rayos.

Unas ramas sobre
un balcón dejaron
un poco de sombra...
Y el sol de verano
hace burla de ella,
de su brillo ufano.

Bello sol de fuego
mi príncipe hermano,
eres poderoso,
mas no rías tanto...
No sólo lo grande
da frutos lozanos.

La sombra es pequeña,
mas tiene su encanto
y además... ¡Oh! mira,
blondo soberano:
en la sombra se aman
felices dos pájaros...





LA RAFAGA

VEO danzar las hojas en un vago
y fugaz remolino...
Se perderán tal vez por el camino...
Algunas volarán hacia el molino,
las otras serán naves en el lago...

Hijas de un mismo árbol que crecieron
juntas bajo la risa
del sol, y que murieron
dispersas en Otoño por la brisa...

Pobres almas gemelas
que cruzan separadas,
por aguas ignoradas,
como distintas velas...

Triste es vuestro vivir,
vuestro dolor es fuerte,
que la ausencia es un mal,
pero aun tenéis la suerte
de que os habrá de unir
la ráfaga final.

EL CHARCO

El sol iba absorbiendo
con su calor, el agua
de un charco humilde... El pobre
por fuerza agonizaba
y ¡oh belleza suprema! entre las cosas
breves, también hay alma...
Una calandria, muerta de cansancio,
con la sed se abrasaba
y moría... Vió el charco
y a él se acercó ufana,
y él, generoso en su postrer suspiro,
murió dándole vida a la calandria!

EL CAN

De quién sería aquel can
que una tarde
encontramos tendido sobre el campo?
Su cadáver
era festín sabroso
de las malditas aves.
Era en Agosto. El sol
brillaba infame
sobre sus heridas,
y a su lado ¡oh contraste!
una hojita tenía
fulgores de brillante...
Nunca me olvidaré (cuando con pena
cubrí su pobre carne
con tierra y flores)
de sus ojos: dos glóbulos de sangre...

Nunca me olvidaré... que agradecidos
a mi piadoso arranque,
volvieron a la vida
sólo un instante
—relámpago de amor—
para mirarme...

OTONAL

LIENZO DE ABELENDA

La lluvia canta melodiosamente...
Como sombras se alejan
por entre los senderos
marchitas viejas,
rosas ya sin color
y sin esencia...
   Andan dolientes
y agobiadas: llevan
sobre los mustios y cansados hombros
tristes haces de leña
que hallaron con trabajo en el camino...
¡Son pocos, mas también poca es la cena!
   Humildes y agotadas
por ímprobas faenas...
Y sin embargo, en torno suyo ¡cuántas
fantásticas leyendas!
   Campesinas y niños
si a veces las encuentran

en su ruta, persígnanse de prisa,
¡que el diablo debe andar tal vez con ellas!
Un mal foco, en la hora
mística, parpadea,
y en el cristal de un charco,
medroso se refleja...
El sol está de más en tus campiñas,
maravillosa Suevia;
cruza aprisa la lumbre
por tu fecunda tierra.
Toda aterciopelada,
toda húmeda seda,
es tu verde brumoso
y tu azul es gris perla.

Vienen de un monte dulces
canciones de leyenda...
Unas gotas de agua
en una rama tiemblan...
El chirrido de un carro
todo el paisaje llena...
Pasan alas nocturnas
y allá, distantes, suenan
los gudos ladridos de los perros...
En una nube envueltas
las aspas de un molino
misteriosas voltean...
Como esfinges, iguales
a unas almas en pena,

embrujan los senderos
las tenebrosas viejas...
  El viento, con sus olas
potentes, las doblega...
Y entretanto, lo mismo
que fantasmas se alejan,
llueve copiosamente
sobre la carretera...

POR LOS CRISTALES

Por los cristales de la ventana
se te ve al bastidor... Llevas
así ya muchos inviernos
y un mundo de primaveras.

¿Qué bordará tu alba mano?
¿A quién da vida la seda?
¿A un santo, a un paisaje azul,
a un hidalgo, a una princesa?

Interrúmpese el silencio
de la calle, con la apuesta
entrada de un caballero
que todo el barrio despierta.

Pero cruza sin mirarte.
Otra le asestó sus flechas...
Escuchas el melodioso
canto de las frases bellas
con que enamora a la otra.

Y no lloras, ni te quejas,
y huyen veloces los días...
ya hay nieve en tu cabellera...
todos pasan por tu lado,
pero ninguno te lleva.
Tu bastidor... Ilusiones
que aun marchitas aletean...
Mágicas noches de bodas
que en tu imaginación tiemblan...
Y hoy como ayer, y mañana,
deslizarás tu existencia
acodada en la ventana
esperando al que no llega,
siempre en tus manos el oro
prodigioso de la seda...

NADA Y TODO

HERMANO Barradas, somos
tan poca, tan poca cosa...
Nos aventaja la marchita rosa
y los mal pintados cromos.

Si miramos una estrella,
un ala que cruza, un lago,
un dulce atardecer vago...
¡nuestra pequeñez descuella!

No somos nada, hermano mío, nada...
Ni noche, ni alborada,
ni un rayo de luz, ni lodo.

Nuestra vida a ciegas va.
No somos nada quizá...
¡Quizá porque somos todo!

POBRE CABALLEJO...
DERRENGADO Y VIEJO...

Me impresiona verte
bajo los arreos
sufrir las injurias
del látigo adverso.

Si te caes, un golpe
te levanta presto,
y trotas lo mismo
con el frío intenso
que insensibiliza
tus flácidos miembros,
que en verano, cuando
sobre tu pellejo
y en tus mataduras
hierve un sol de fuego.

Reclama tu frágil
armazón de huesos

la aguda cuchilla
de los mataderos.

Pero antes es justo
sacarte provecho,
y aunque en tus heridas
pululan insectos,
derrengado y triste,
mal cuidado y viejo,
no hallarás piedades,
y por mucho tiempo
tirarás del carro,
pobre caballejo...

LA LAGUNA

Pobre y triste
laguna solitaria,
llena de tierra
toda enfangada,
sin otra compañía
que la canción cascada,
monótona, doliente
y eterna de tus ranas...

El lago, el mar, el río,
fingen, al sol, cintas de seda y plata;
en cambio a ti la luz,
al mostrar tu fealdad, te injuria y daña.

Sólo a veces, de noche,
de tu dolor se apiada

el cielo, al verte siempre
humilde, abandonada,
y entonces, como alivio
del lodo que te empaña,
viene a temblar el oro de una estrella
entre el cristal opaco de tus aguas.

HOJITA...

Hojita verde
y aterciopelada,
que te arrancó la brisa
de la planta
y hoy vas flotando como
una nave fantástica,
sobre el cristal inquieto
y claro de las aguas...

¡Hojita verde,
qué profunda lástima
yo llevo para ti
dentro del alma!

En épocas tal vez
no muy lejanas,

¿acaso allá en un árbol
frondoso, no brillabas
con las menudas gotas
de rocío empapada?

El ruiseñor aquel que por las noches
en el árbol cantaba,
¿no era tal vez tu amante?
¿no era para ti su serenata?

Hojita verde (¡verde
como aquella esperanza!),
flotarás poco tiempo,
te hundirás para siempre entre las aguas...
Mas yo no he de olvidarte;
me acercaré a la rama
del árbol en que un día amaneciste
y hablaremos de ti con tus hermanas.


BARRACA L.



EN EL LAGO...

En el lago de la tarde
misteriosamente arde
la estrella de los pastores,
y en la verde y fresca alfombra
su caperuza de sombra
se van poniendo las flores.

Es tan diáfano e influyente
el vago recogimiento
de la hora vesperal,
que todo mi pensamiento
me parece transparente
como el agua y el cristal.

Olvido todo rencor,
y para el mismo adversario
siento ternura y amor...

Y es entonces mi existencia
como un místico incensario
que ofrece a todos su esencia.

CUANDO...

CUANDO el horizonte torna
a ponerse su vestido
de un azul diáfano y puro,
me voy por esos caminos.
Tras la lluvia se halla el prado
fragante y reverdecido.
Amanecen en los árboles
frutos hasta hoy no vistos.
En una parra cercana
está temblando un racimo,
que aun ayer estaba verde
y hoy tiene el color del vino.

Fué una bendición del cielo...
El maíz casi perdido
dará la tierna borona
para el pobre campesino.
¡Cómo late el corazón
del labriego agradecido!

Y los bueyes patriarcales
que al carro marchan uncidos,
mueven felices sus colas,
que son amplios abanicos...

Molinera, molinera,
buena ganancia has tenido...
¡Para moler la cosecha
no dará abasto el molino!

Regreso al atardecer...
Se desprenden de los pinos,
como perlas gigantescas,
claras gotas de rocío.
Y escucho desde el sendero,
que va entre espigas perdido,
cómo cantan las aldeanas
allá lejos, en el río.

POBRES ARBOLES...

POBRES árboles frutales,
ayer verdes y floridos
y hoy ya tristemente heridos
por las brisas otoñales...

Con murmullos musicales
halagabais mis oídos...
Hoy ya no cobijáis nidos
ni dais sombras fraternales.

Árboles de aquella huerta,
como mi esperanza muerta
fuisteis, como aquel placer...

Pero mi esperanza en otros
brotes no alienta... ¡y vosotros
volveréis a florecer!

PESCADOR...

PESCADOR de caña,
que se empeña
en querer vivir
de la poca pesca...
Y está todo el día
espera que espera...
Y pasan las horas
y la noche llega,
pero ni un pescado
reluce en la cesta,
y si algunas veces
tuvo suerte... ¡Buena,
buena y amplia suerte!...
de vender su pesca
por el cobre viejo
de algunas monedas,
que de nada sirven,
que nada remedian...
En el hogar viven,
con su compañera,

cuatro pequeñuelos
que ni se alimentan...

Pobre pescador,
que ¡oh ilusión! se empeña
en querer vivir
de la poca pesca...
¡Qué bien simbolizas
la ruda existencia
de aquellos espíritus
que, rebeldes, sueñan!
Sobre el mar humano
la vista que acecha...
tendidas las redes
aguardando presa...
Se oxidan las notas
y se traspapelan
todos los cantares,
todos los poemas...
Todas las pinturas
son como hojas secas...
Y no ofrecen muerte,
¡que ofrecen esencias,
y luces y formas!...
Pescador poeta
que ¡oh ingenuo!
te empeñas
en vivir del arte,
y en vender Belleza.

Y estás todo el día
espera que espera.
Y pasan las horas
y la luz no llega,
hasta que tus ojos
por siempre se cierran...
Y entonces se dice,
pescador poeta,
que en todas tus obras
la hermosura tiembla,
cuando no hay remedio
y ya no te inquietas,
porque estás dormido
debajo la tierra...

CALLEJAS

En esas tardes grises y brumosas,
voy ensoñando temas musicales
por las tristes callejas silenciosas
que existen en los viejos arrabales.

El polvo, la humedad y la patina
del tiempo, envuelven en sus bellas redes
una humilde casona campesina
ya casi sin ventanas ni paredes.

Preludiando no sé qué antigua estrofa
pasa un vecino de ojos asustados,
y un niño lo persigue haciendo mofa
de sus torpes zapatos claveteados...

No me agradaron nunca aquellas voces
de las ruidosas calles: solamente

encuentro siempre los más amplios goces
en esos barrios en que no hay ni gente...

Más que las grandes calles rumorosas,
llenas de asuntos siempre artificiales,
prefiero esas callejas misteriosas
que existen en los viejos arrabales...

LOS BARCOS

Amo esos viejos barcos que del Norte
al Cantábrico llegan,
y en el hispano puerto ponen una
nota gris de leyenda.

Los tripulantes pasan silenciosos
hacia los bares, mientras
los niños hacen burla de sus raras
figuras extranjeras...

Venís desde muy lejos
y desde hermosa tierra,
que símbolo del bien y del trabajo
siempre ha sido Noruega.

País de numerosos archipiélagos
y de los fiords... Y bella
región de hombres macizos como el hierro...
jardín de mis fantásticas quimeras.

Barco maravilloso, aunque pequeño,
espejo de la fuerza
de tu país, me agrada
verte llegar, cargado de madera,
y treparme dichoso
a tu limpia cubierta,
para poder beber con tus marinos
el codiciado vaso de ginebra...


BARRADAS-



EN LA EGLÓGICA PAZ...

En la eglógica paz de los caminos
y a la sombra de un árbol centenario,
una viejuca de ojos ya cansinos,
la voz temblona y gesto hospitalario,
pide limosna a los peregrinos
e insulta a veces con vocabulario
de términos sarcásticos, ladinos,
mientras la luz postrera del sol arde
incendiando los pinos,
y allá lejos voltean los molinos
el oro prodigioso de la tarde...

NIEVE

NIEVA... Nieva... Nieva... Nieva...
Engalanado en su traje
de lirios, brilla el paisaje
debajo la luna nueva...

Todo es blanco... En el camino
toda casa es como un ala,
y allá a lo lejos resbala
entre nubes el molino...

Noche de paz y de albura,
en que el alma hacia la altura
toda mística se eleva.
Vibran romances de lino,
y en tanto sobre el camino
nieva... nieva... nieva... nieva...

LLUEVE

LLUEVE... Llueve... Llueve...
Se deshace bajo
el agua la nieve.
Retorna al trabajo
una modistilla, de pie lindo y leve.

Un órgano aturde con sus melodías...
La misma sonata de todos los días.
Y al sedante abrigo
de un portal amigo,
cantan unos niños melodiosamente
la canción del árbol, del ave y la fuente...

En el aire el agua finge un tul de bruma.
Hay en el ambiente no sé qué fragancia...
Oh! las horas bellas, blancas como espuma,
de mi muerta infancia!

Si yo realizara mi afiebrado ensueño...
Olvidar el mundo y su eternal querella...

¡Ser un inocente y humilde pequeño
que tiene a su madre y aun juega con ella!

La monotonía de la lluvia llora
sobre los cristales su rima sonora,
y en mí se despiertan ¡tantas añoranzas!...
¿Qué fueron de aquellas hondas esperanzas,
de aquella quimera que alegre brotó?...

Era una flor toda de raso y esencia...
Como la fe mía, como mi inocencia,
perdió sus perfumes y se marchitó.

Y en tanto la lluvia menuda resbala
silenciosamente lo mismo que un ala,
la música triste del órgano suena
evocando juegos de aquella edad buena...

Entre las plomizas nubes, una arde.
Ya casi no existe ni un copo de nieve.
Poco a poco muere la luz de la tarde.

Llueve... Llueve... Llueve...

IR...

Ir por los caminos, hablando con todas
las cosas pequeñas...
Dar las «¡buenas tardes!» a las hormiguitas,
mis amigas viejas...
Visitar los turbios
charcos, que reflejan
mal las hojas mustias que arrancó la brisa...
Charlar con las piedras,
y con ese musgo,
a quien nadie lleva
tan sólo ni una mirada curiosa:
lo pequeño no atrae ni tienta.
¡Oh! mis aventuras
de don Juan, con esas
flores, que silvestres
nacen en la hierba!
Yo les digo versos...
Les hablo en poeta...

El sereno goce
del ansia pequeña,
no ha de darlo nunca
la ilusión suprema.
Los hombres no entienden
jamás nuestra idea,
aunque la expongamos
en la propia lengua...
En cambio, las hojas,
las grisáceas piedras,
las flores silvestres,
mis amigas viejas,
¡qué bien me comprenden
cuando hablo con ellas!

EL POETA

El poeta
de inquieta
mirada,
hoy no ha comido
ni bebido
nada.

Anduvo errante su sombra
por la alfombra
tapizada del jardín.
Pero no miró la luna,
ni arrancó una nota, ni una,
de su lírico violín.

En la calle y el taller,
ha suplicado poder
trabajar...
pero en todos
lados, con groseros modos
le dijeron: «no hay lugar...»

Y, rendido,
se ha dormido
sobre un banco...
Y, otra vez,
¡qué languidez,
qué ensueño blanco
lo ha poseído!

Y un buen burgués que paseaba
su obesidad junto al lago,
a un amigo se quejaba:
«¡tango vago!» «¡tanto vago!»

LA JUGUETERÍA

CUATRO papeluchos
y cuatro cartones...
Un mostrador viejo,
carcomido y pobre;
un tiesto de barro,
que no tiene flores;
dos o tres muñecos
y un caballo, sobre
un estante antiguo...
La sombra de un hombre...
Juguetes humildes,
estampas, colores,
dibujos hallados
no se sabe en dónde...
¡Todo tan mezquino!
No obstante, ¡qué goce

para el pequeñuelo
que entre los cartones
y los papeluchos
y el tiesto sin flores,
muestra su brillante
moneda de cobre!

JARDÍN

JARDÍN provinciano
de la plaza vieja,
me agrada el silencio
con que te rodeas...
Ni bandas de música
(¿para qué?, molestan...),
ni un infantil canto
de niñas te alegran.
Siempre abandonados
tus bancos de piedra;
no busca tu sombra
callada y discreta
el romanticismo
de alguna pareja.
Mejor. ¿No es vulgar
toda confidencia,
y lo que entre sí,
sin amor se cuentan?

Viejo jardinillo
de la plaza vieja,
tus frondosos árboles
los reflejos velan
del oro y la plata
de la luna llena...
Tan sólo interrumpe
tu noche secreta
el eco lejano
de un toque de iglesia,
el vago chirrido
de alguna carreta
y tu humilde fuente
que entona una queja
dulce, y cuyas gotas
transparentes vuelan
entre los rosales
como unas luciérnagas...

Jardín provinciano
de la plaza vieja,
no sabes de bailes,
de risas, ni fiestas,
ni ruidos molestos...
¡Cómo te asemejas
al jardín que mi alma
dentro de sí lleva!
Como tú, es callado,
su sombra es discreta,

tiene también fuentes
que ofrecen su esencia.
Pero nadie, nadie,
jamás lo frecuenta,
y sólo interrumpe
su noche secreta
el volar de alguna
fantástica idea...

ÍNDICE

	Páginas.
La brisa	7
Margarita	9
Rayo de luz	11
Arbol	13
El carretero	15
La noche	17
Pececito	19
Algunas hojas	21
El farolero	23
La estrella	25
El paisaje	27
Las campanas	29
En la sedante	33
En alta mar	35
Era un paisaje	37
Fecundidad	39
Calendarios	41
Aspiración	43
El sendero	45
Atardecer	49
Ha llovido	53
Notas	55

Páginas.

El paragüero........ 57
Un emigrante............................ 59
La vaca................................. 61
El cartero.............................. 63
Indiferente............................. 67
Los plátanos............................ 69
Crepúsculo......... 71
Horas de siesta................. 73
Baile en la aldea....................... 75
La vaca y el ternero........... 79
Vieja historia........... 81
Moneda de cobre......................... 83
Los cuarzos............................. 85
Hijas del arroyo........................ 87
Andan................................... 91
El picapedrero.......................... 93
Gotas de rocío......... 95
Musiquilla de arrabal................... 97
Los vendedores.......................... 101
Flores de papel......................... 105
El apeadero............................. 107
Viejas canciones.... 111
La pequeña ilusión...................... 113
El violinista........................... 115
El afilador.............................. 117
Flota................................... 123
Del frigorífico.......................... 125
Callar.................................. 127
Gris.............. 129
La niña del jardín...................... 131
Canciones. 133
Bajo la lluvia.......................... 135
Viejos marinos.......... 137
La sombra............................... 139

Páginas.

La ráfaga. 143
El charco....... 145
El can.................................... 147
Otoñal................ 149
Por los cristales.......... 153
Nada y todo............... 155
Pobre caballejo... derrengado y viejo.......... 157
La laguna............... 159
Hojita...................................... 161
En el lago.................................. 165
Cuando...................................... 167
Pobres árboles.............................. 169
Pescador.......... 171
Callejas.................... 175
Los barcos.................................. 177
En la eglógica paz........... 181
Nieve...................... 183
Llueve...................................... 185
Ir.......................... 187
El poeta.................................. 189
La juguetería.............................. 191
Jardín...................................... 193

OBRAS DEL AUTOR

Regrets. (Poesías.)
Allá lejos. (Idem.)
Cielos y llanuras. (Idem.)
Nuevos horizontes. (Idem.)
Huerto maternal. (Idem.)
Humildad. (Idem.)

PRÓXIMAS A EDITARSE

Medallones. (Prosa.)
Paisaje. (Poesía.)

EN PREPARACIÓN

Cuentos a Marynés. (Poesías.)
Nueva Antología de poetas uruguayos.

5 PESETAS


University of
Connecticut
Libraries


BOUND BY
HNM

